

Berlin mantiene en el medio intelectual de nuestra lengua.

Berlin no fue un pensador sistemático y buena parte de su obra, salvo un par de libros, es miscelánea. Esta falta de sistema no es una carencia sino, al contrario, un reclamo de libertad que se convierte en método. Le ha servido para cuestionar unos cuantos momentos de la tradición central del pensamiento en Occidente, o sea el monismo dominante desde Platón. Berlin se ha debatido siempre entre la necesidad de una verdad (permanente, única, absoluta, intemporal) que reclama toda certeza y la imposibilidad de fraguarla en la historia, que está hecha por conjuntos humanos e individuos cuyos valores son inconciliables. Por eso rescató a Vico y a sus epígonos (Croce, Collingwood), porque diseñaron cómo la comprensión de cada quien es opuesta al conocimiento de todos. Lo que tiene sentido y no es verificable (por ejemplo, en las ciencias: las hipótesis, las inducciones incompletas) da lugar a la verdad y esta paradoja es la base del saber profano.

En el pluralismo halló Berlin el callejón de salida. Pluralismo que no es mero contractualismo pragmático a la manera de Rawls y otros, sino aceptación del pensamiento del otro a partir de ponerse a pensar desde su lugar y pactar la convivencia de certezas absolutas y verdades relativas, condicionadas por la historia.

Quizás haya sido la historia su campo privilegiado, la historia de esas ideas que son intemporales y que siempre encarnan en el tiempo bajo la forma de las creencias. Berlin discutió con los deterministas pero tampoco defendió una concepción espontaneísta de la historia. Aceptó que hay causas y tendencias en ella, pero que dan lugar a un campo restringido de posibilidades y no a una sola consecuencia inevitable.

El cúmulo de trabajos reunidos por los editores muestra la vigencia de este profesor poliglósico y esquinado cuya mayor gloria ha sido senil y es póstuma, como en los buenos tiempos ocurría. Un escéptico que no ha dejado de sostener una creencia en lo universal, alguien que concibe la vida perfecta como deseable e inalcanzable, y los valores como irracionales y bélicos, por lo que ha de buscarse una vida en paz que parta de la aceptación de nuestra insoslayable imperfección y nuestra fatal sociabilidad insociable. Un ilustrado que escuchó las quejas románticas contra el racionalismo y un romántico que celebró constantes llamadas a la razón, un apasionado de la enigmática realidad para el cual los dogmatismos son la peor manera de acecharla. Un semejante que nos incita a no creernos libres de nacimiento, sino a imaginar nuestras libertades como una tarea.

Blas Matamoro

El fondo de la maleta

Castellio contra Calvino

En 1553, el médico y teólogo español Miguel Servet fue quemado vivo en una plaza de Ginebra. La acusación parece hoy esperpéntica: había cuestionado el dogma de la Santísima Trinidad en contra de las opiniones de Calvino, el déspota de la ciudad. Horrorizado del hecho, a pesar de haberlo decidido, Calvino suprimió desde entonces la hoguera, sustituyéndola por la decapitación.

Servet y Calvino se conocían desde tiempo atrás y no habían cesado de discutir. El español había huido de persecuciones inquisitoriales y recurrido al pseudónimo de Michel de Villeneuve para encubrir sus escritos. Un día antes de la ejecución, Calvino lo visitó en su celda e intentó persuadirlo de que se retractara, con lo cual su muerte por el hierro anularía el tormento del fuego. Entonces y poco antes de subir al cadalso, Servet se negó a hacerlo. Entendió que estaba en juego no sólo su dolor físico, sino el respeto a la libertad de pensamiento de la humanidad, esa humanidad inexistente pero que él, como tantos otros, imaginaba en un horizonte de utopía.

Frente a él, Calvino representaba la utopía realizada: una dictadura moralista y teocrática que organiza-

ba la vida de los ginebrinos prohibiéndoles pecar. Los castigos por tomar mermelada o concurrir a una peluquería clandestina de señoras equivalían a los que penaban un error teológico. Calvino tuvo imitadores, y los tiene aún, entre quienes intentan construir sociedades perfectas, donde la imperfección, es decir la quiebra de la uniformidad y lo previsible, es un delito de lesa sociabilidad.

A menudo se ha visto a Servet como una víctima de su época, de esos siglos con guerras religiosas que volvieron habitual el espectáculo público de hogueras, horcas, degüellos y demás radicalidades. En 1936, en pleno auge del nazismo y el estalinismo, Stefan Zweig publicó un libro sobre el tema: *Castellio contra Calvino o Un sabio contra el poder*. En él rescataba la figura de Sebastián Castellio, autor de un precioso texto, *De arte dubitandi*, inédito hasta fechas cercanas al libro de Zweig, y de un *Tratado sobre los heréticos*, exhumado en 1913.

Castellio enfrentó a Calvino, señalando que los jueces que habían condenado a Servet eran incompetentes, pues no cabe castigo civil o penal por un error religioso. Pero, sobre todo, apuntó una lúcida fórmula teológica de la tolerancia: nin-

gún hombre puede hablar en nombre de la verdad, que sólo conoce Dios, cuyos designios son misteriosos y cuya mente es inaferrable por el ser humano. Éste sólo tiene convicciones y ha de respetar, por caridad cristiana, las convicciones divergentes de los otros.

Las ideas de Castellio se nos dan como contemporáneas, aunque las haya formulado en el siglo XVI. No estuvo solo: Erasmo y Montaigne, por ejemplo, se le aproximan en trazar una línea que luego cristalizará en el Siglo de las Luces, con Voltaire, Hume, Locke y otros. Servet no fue una víctima de su tiempo, sino de la tiranía calvinista. Esto vuelve ejemplar a Servet, que prefirió el

tormento a la claudicación de un derecho fundamental para el ser humano: pensar por sí mismo. Y vuelve imperdonable a Calvino, que también es un odioso contemporáneo nuestro, encarnación de la ortodoxia, de la institución que todo lo sabe y todo lo ha pensado para siempre, de modo que los sujetos carezcan de espacio para pensar nada más.

Castellio nos propuso uno de los ejercicios más ilustres de la modernidad: la duda como arte, es decir como actividad creadora. Cada vez que se castiga al que duda, se vuelve a encender la hoguera donde gloriosamente Miguel Servet ofreció sus cenizas a la humanidad.

Colaboradores

- JAVIER ARNALDO: Crítico de arte y ensayista español (Madrid).
JUAN GUSTAVO COBO BORDA: Escritor y diplomático colombiano (Bogotá).
PEDRO CARRERAS LÓPEZ: Historiador español (Madrid).
SUSANA CELLA: Ensayista y crítica literaria argentina (Buenos Aires).
JORDI DOCE: Poeta y ensayista español (Oxford).
JAVIER FRANZÉ: Politólogo argentino (Madrid).
RAFAEL GARCÍA ALONSO: Crítico y ensayista español (Madrid).
INMACULADA GARCÍA GUADALUPE: Crítica literaria colombiana (Madrid).
DIEGO MARTÍNEZ TORRÓN: Escritor y crítico español (Córdoba).
CARLOS JAVIER MORALES: Escritor y crítico español (Madrid).
REINA ROFFÉ: Escritora argentina (Madrid).
SAMUEL SERRANO: Crítico literario colombiano (Madrid).
DANIEL TEOBALDI: Crítico literario argentino (Córdoba, Argentina).
GUZMÁN URRERO PEÑA: Crítico y periodista español (Madrid).
GUSTAVO VALLE: Escritor venezolano (Madrid).
DOMINIQUE VIART: Crítico y ensayista francés (Universidad de Lille).